WILLIAM S. BURROUGHS

EL *fantasma* ACCIDENTAL



En el estilo escueto y casi telegráfico que lo caracteriza, Burroughs abre fuego contando la historia del capitán Mission, un pirata del siglo XVIII, fundador de una colonia de renegados libertarios en la costa oeste de la isla de Madagascar. Entre las pocas prohibiciones que las leyes de «Libertatia» imponen a sus ciudadanos, la más importante es la que impide la matanza de los lémures. Estos remotos ancestros del género humano que una vez optaron por la inocencia al negarse al lenguaje.

Pero las calamidades acechan y no sólo los lémures recibirán un trato despiadado sino que un misterioso templo de piedra, puerta de entrada al Jardín Biológico de las Oportunidades Perdidas, será destruido. Mission sabe que la destrucción del templo truncará el desarrollo de los lémures en criaturas aún más sensibles y maravillosas y comprende que «una oportunidad que se presenta sólo una vez cada ciento sesenta millones de años», se ha perdido irremediablemente.

«La belleza siempre está condenada», concluyen Mission y Burroughs. El *Homo bobiens* parece ser el gran responsable: por su avidez, sus armas y su atroz ignorancia. El capitán Mission es, en la pluma de Burroughs, un soberano que discurre sobre la agonía y el desencanto de la esperanza, con la fuerza descriptiva de un retablo del Bosco y el alto vuelo lírico que ha hecho de este autor uno de los grandes «venerables» para varias generaciones de escritores y lectores.

Lectulandia

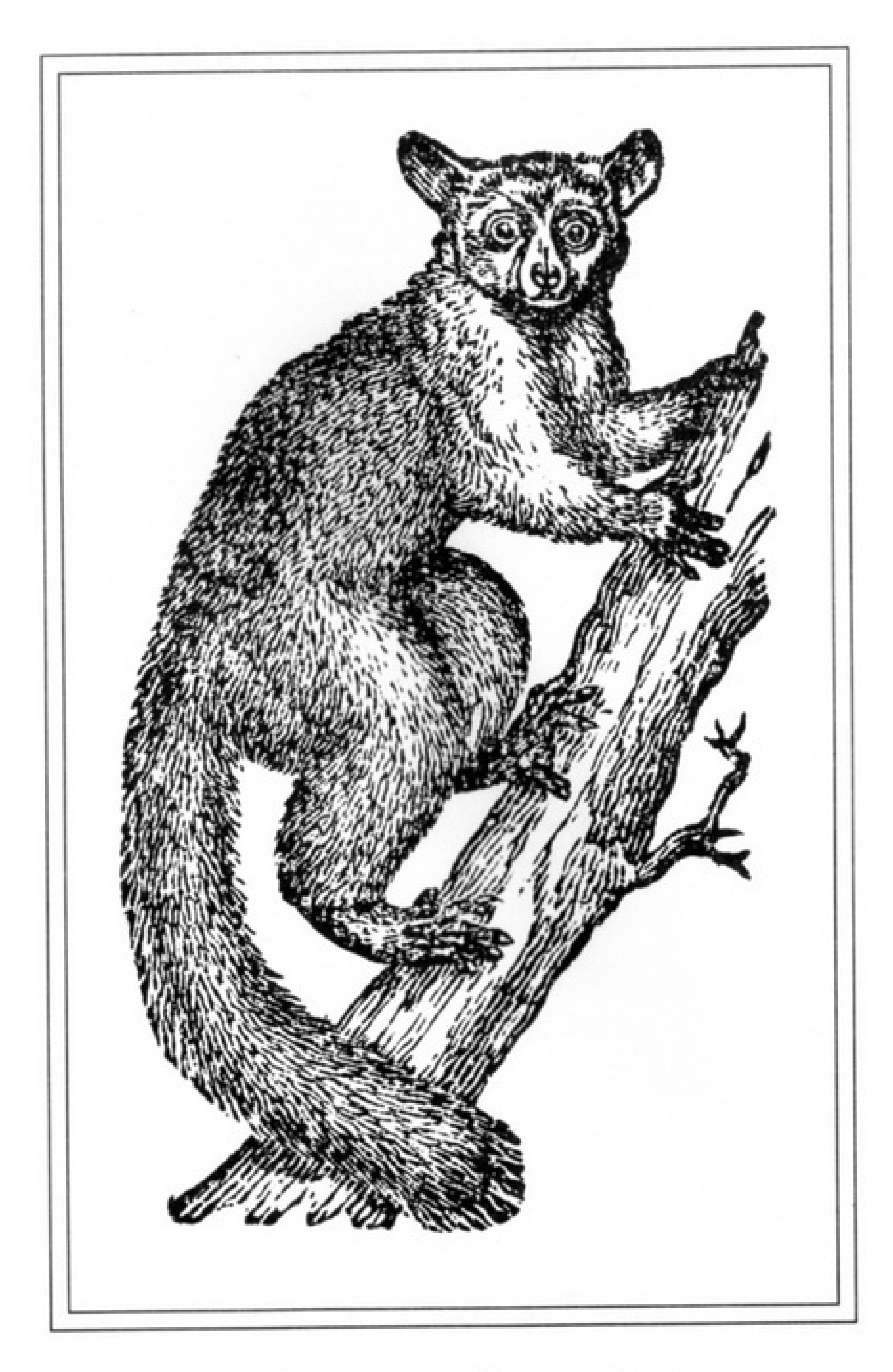
William S. Burroughs

El fantasma accidental

ePub r1.0
Trips 13.01.14

Título original: *Ghost of Chance*
William S. Burroughs, 1991
Traducción: Bengt Oldenburg
Ilustraciones: J & B

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Trips
ePub base r1.0



Daubentonia madagascariensis

Uno

El capitán Mission sujetó su fusil de chispa de dos cañones, que mantenía cargado de perdigones, y envainó un alfanje en su cinturón. Luego recogió su bastón y atravesó el caserío, deteniéndose a veces para charlar con los colonos.

Habían encontrado una excelente arcilla roja para ladrillos y estaban construyendo viviendas de dos pisos con balcones en el segundo, sostenidos por columnas de madera dura. Los edificios se unían para formar un conjunto adosado con comedor y cocina en los dos ambientes abajo y espacios para dormir y vestidor arriba. Los balcones estaban conectados y se usaban para tenderse en hamacas y catres. Estas estructuras se situaban frente al mar y unas gradas bajaban hasta la bahía, donde había una cierta cantidad de barcos amarrados.

La palabra que designaba un lémur significaba «fantasma» en la lengua indígena. Existían tabúes contra la matanza de fantasmas, y Mission había impuesto un estatuto que la prohibía, bajo pena de expulsión de la colonia. Si algún crimen merecía la pena de muerte —también prohibida en los estatutos— no era otro que éste.

Buscaba una especie distinta de lémur, descripta por un informante del lugar como mucho más grande que el resto: parecido a un ternero, o a una vaca pequeña.

—¿Dónde están los fantasmas grandes?

El aborigen hizo un gesto vago que señalaba el interior de la isla.

—Tienes que tener cuidado con el maligno Lagarto-que-cambia-de-color. Si te hechiza también cambiarás de color. También tú te pondrás negro de ira, verde de miedo y rojo de sexo…

—Y bien, ¿qué hay de malo en eso?

—En un año, morirás. Los colores devorarán tu piel y tu carne.

—Hablabas de un fantasma grande. Más grande que una cabra… ¿Dónde se les puede encontrar?

—Cuando oyes a Chebahaka, el Hombre-de-los-Árboles, entonces El Grande no está allí. Ella no puede estar donde hay ruido.

—¿Ella?

—Ella. Él. Porque Gran Fantasma es lo mismo.

—Entonces ¿está donde no está Hombre-de-los-Árboles?

—No. Está allí cuando Hombre-de-los-Árboles calla.

Esto ocurrió al amanecer y en el ocaso.

Mission se dirigía hacia el centro de la isla por un sendero empinado que se aplanaba a doscientos metros por encima del nivel del mar. Se detuvo, apoyado en su bastón, y

miró hacia atrás. La brusca subida no había afectado su respiración, ni hecho transpirar su rostro. Vio el caserío. Los ladrillos recién horneados y la paja de los techos ya lucían atemporales como las casas de un país encantado. Pudo ver las sombras escondidas debajo del embarcadero, los peces en acecho, el agua azul y transparente de la bahía, las rocas y el follaje; todo flotaba en una límpida pintura sin marco.

El silencio bajó como una mortaja que se desmoronaría en forma de polvo tan pronto se moviese. Ahora, un viento suave como la pata de un gato jugueteó a través de la bahía y subió entre los helechos y las hojas y llevó hasta su rostro un soplo de Pánico. Pequeñas garras espectrales subieron ondeantes por su columna y le erizaron los pelos de la base de la nuca, allí donde el centro de la muerte resplandece brevemente cuando muere un mortal.

El capitán Mission no temía al Pánico, ese saber repentino e intolerable que nos dice que todo está vivo. Él mismo era un emisario del Pánico, del conocimiento que los humanos temen más que cualquier otro: la verdad de su origen. Está tan cerca. Basta borrar las palabras y mirar.

Avanzó por sombras verdes entre helechos gigantes y enredaderas, sin necesidad de su alfanje, y se detuvo al borde de un claro. Por un instante, todo movimiento cesó; luego, un arbusto, una piedra, un tronco se movieron, a medida que aparecía una tribu de lémures gatos de cola anillada que desfilaba en un ir y venir ostentoso, mientras sus colas palpitaban por encima de sus cabezas. Después, *paf*, desaparecieron, arrastrando con ellos el espacio que habían ocupado. A lo lejos pudo escuchar los gritos del lémur sifaka que los indígenas llamaban Chebahaka, Hombre-de-los-Árboles.

Con movimiento rápido, atrapó a un saltamontes y se arrodilló al lado de un tronco cubierto de musgo. Un rostro menudo de ojos redondos y orejas largas y temblorosas lo espiaba, inquieto. Le ofreció el saltamontes y el pequeño lémur ratón cayó sobre la presa emitiendo chirriantes chillidos de placer, mientras la retenía con sus pequeñas garras y mordisqueaba rápidamente con sus minúsculos dientes parecidos a agujas.

Mission se encaminó hacia el ruido, cuya sonoridad iba en aumento. Entonces, los Chebahakas lo vieron y, al unísono, liberaron un aullido que le rompía los tímpanos. Luego, el ruido cesó tan de repente que el impacto lo tiró al suelo. Durante unos minutos yació recostado, medio desmayado, mientras observaba las formas grises que se alejaban, balanceándose entre los árboles.

Se incorporó lentamente, apoyado en su bastón. Frente a él se levantaba una antigua estructura de piedra, cubierta de enredaderas y verdosa por el musgo. Pasó bajo una arcada y sintió las losas de piedra debajo de sus pies. Una gran serpiente de color verde claro y brillante se deslizaba hacia abajo por unos escalones que llevaban

a una habitación subterránea. Mission descendió con cautela. Al otro extremo de la habitación se abría un arco que dejaba entrar la luz del atardecer, y pudo ver las paredes y el techo de piedra.

En un rincón de la segunda habitación había un animal que parecía un pequeño gorila o un chimpancé. Esto lo sorprendió, pues le habían dicho que no existían monos verdaderos en la isla. El animal estaba completamente inmóvil y era negro, como si hubiese sido creado de la oscuridad. También vio una gran criatura porcina, de color rosa pálido, tirada con abandono contra la pared de la derecha.

Después, justo frente a él, vislumbró un animal que a primera vista le pareció un ciervo pequeño. El animal se acercó a su mano extendida, y entonces observó que carecía de cuernos. Tenía el hocico largo y él pudo entrever unos dientes afilados con forma de pequeñas cimitarras. Las patas largas y flacas terminaban en dedos como cables. Las orejas eran grandes, echadas hacia delante; los ojos, de un ámbar límpido, y en ellos flotaba la pupila como una joya reluciente, que cambiaba de color con cada fluctuación de luz: obsidiana, esmeralda, rubí, ópalo, amatista, diamante.

Lentamente, el animal levantó una pata y tocó su rostro, agitando los recuerdos de la antigua traición. Mientras las lágrimas le anegaban el rostro, acariciaba la cabeza del animal. Sabía que tenía que regresar a la colonia antes de que oscureciera. Siempre hay algo que un hombre debe hacer a tiempo. Para el ciervo espectral, el tiempo no existía.

Más y más rápido, colina abajo, desgarraba su ropa contra las rocas y las parras espinosas, y estuvo de vuelta en la colonia al anochecer. Supo de inmediato que había llegado demasiado tarde, que algo andaba muy mal. Nadie quiso mirarlo en los ojos. Luego vio a Bradley Martin, de pie junto a un lémur moribundo.

Mission se dio cuenta de que una bala había atravesado el cuerpo del lémur. Sintió una furia concentrada, como una ola incandescente, pero Martin no correspondió aquella ira.

—¿Por qué? —dijo Mission sofocado.

—Robó mi mango —refunfuñó Martin con insolencia.

La mano de Mission voló a la culata de su pistola.

Martin se rio.

—¿Violaría sus propios Estatutos, capitán?

—No. Pero le recordaré el Edicto Veintitrés: si dos partes tienen un desacuerdo que no se puede resolver, entonces se aplica la norma del duelo.

—Sí, pero tengo el derecho de rechazar el reto, y lo hago.

Martin era un espadachín mediocre y un mal tirador de pistola.

Sin una palabra, Martin se apartó y caminó hacia su morada. Mission cubrió el lémur muerto con un lienzo alquitranado; tenía la intención de llevar el cuerpo a la

jungla la mañana siguiente para enterrarlo.

En sus aposentos, Mission fue presa de una fatiga paralizante. Sabía que debía seguir a Martin y arreglar el asunto pero, tal como éste había dicho, sus propios estatutos… Se acostó e inmediatamente cayó en un sueño profundo. Soñó que había lémures muertos esparcidos por la colonia, y se despertó al alba con su rostro cubierto de lágrimas.

Mission se vistió y salió para ocuparse del lémur muerto, pero tanto el animal como el lienzo habían desaparecido. Con una claridad enceguecedora, entendió porqué Martin había matado al lémur, y cuál era su intención: iría a ver a los indígenas para decirles que los colonos estaban matando a los lémures y que, cuando él se había opuesto, lo habían atacado y apenas había podido escapar con vida. Los lémures eran sagrados para los indígenas de estas partes, y existía el riesgo de sangrientas represalias.

Mission se acusaba amargamente por haber permitido la huida de Martin. No tenía ningún sentido que saliera a buscarlo ahora. El daño se había perpetrado y los aborígenes nunca creerían las desmentidas de Mission.[1]



Lemur catta

El Big Ben da su aldabonazo. En una habitación silenciosa y espectral, se reúnen los custodios del futuro. Guardián de los Libros de la Junta: Mektoub; está escrito. Y ninguno quiere que el futuro cambie.

—Si trescientos hombres… y luego tres mil, treinta mil. Podría extenderse por todas partes. Hay que pararlo ya mismo.

—Nuestro hombre, Martin, está en el lugar. Es muy confiable.

Una mujer se inclina un poco hacia adelante. Un rostro llamativo, de belleza y maldad intemporales, una maldad que ahoga como un gas venenoso. El presidente de la Junta se cubre el rostro con un pañuelo.

Ella habla con una voz fría y quebradiza, cada palabra es como una astilla de obsidiana.

—Existe un peligro más significativo. Me refiero a la preocupación malsana del capitán Mission por los lémures.

Esta palabra se escurre de su boca contorsionada por el odio.

No hay más repercusiones del incidente con Martin. Pero Mission no deja de tomar precauciones. Puede sentir que Martin está allí afuera, esperando su momento con esa paciencia fría de reptil que posee el agente perfecto.

Había subestimado a Martin desde el comienzo, por no fijarse en él. Martin tenía la capacidad de crear en los demás una falta de interés en su persona.[2] Hasta su cargo era ambiguo, algo entre un suboficial y un miembro de la tripulación. Aunque, como no había suboficiales, ocupaba un espacio vacío. Y no intentaba llenarlo. Cuando se le pedía algo, lo hacía con rapidez y eficiencia. Pero no trataba de ser útil.

Como cualquier contacto con Martin le resultaba vagamente desagradable, Mission lo llamaba cada vez menos. A Mission no le había gustado que Martin se hubiese unido a los colonos, pero hacía su parte del trabajo y no molestaba a nadie. Cuando no trabajaba, solía estar sentado, con una cara tan vacía como un plato. Era un hombre grande y desaliñado, de un rostro redondo y pastoso y pelo amarillo. Sus ojos eran opacos y fríos como plomo.

Mission se fijó en Martin por primera vez cuando se enfrentaron al lado del lémur moribundo. Y lo que vio le inspiró un odio mortal, implacable.

Ve en Martin el sirviente a sueldo de todo cuanto detesta. No hay clemencia, ni compromiso posible. Ésta es una guerra hasta la exterminación.

Mission había fumado opio y hachís y había usado una droga que los indios de Sudamérica llamaban *yagé*. Se convenció de que habría una droga especial, original

de esta isla grande, donde existían tantos animales y plantas que no se encontraban en ninguna otra parte. Después de algunas investigaciones, descubrió que tal droga existía: se la extraía de un hongo parásito que sólo crecía sobre cierta planta espinosa que se encontraba en las regiones áridas del sur.

La droga se llamaba *indri*, lo cual significaba «mira allí» en la lengua del lugar… Por cinco florines de oro obtuvo una pequeña provisión de un indígena amistoso. La droga se presentaba en forma de cristales de color verde amarillento. El hombre, cuyo nombre era Babuchi, le enseñó exactamente cuánto podía tomar y le advirtió de los peligros de una dosis más elevada.

—Muchos toman *indri* y no ven nada distinto. Entonces toman más y ven demasiado distinto.

—¿Es una droga para el día o para la noche?

—Mejor al amanecer o al ocaso.

Mission calculó que faltaba una hora hasta la puesta del sol; tiempo suficiente para llegar a su campamento en la selva.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto?

—Es muy rápida.

Mission se marchó con paso apretado. Media hora más tarde, tomó una pequeña cantidad de los cristales con un sorbo de agua de su odre de piel de cabra. Después de pocos minutos, experimentó un cambio en la visión, como si sus ojos se moviesen sobre pivotes separados y, por primera vez, vio al Lagarto-que-cambia-de-color. Era bastante grande, de unos sesenta centímetros de largo, y difícil de detectar, no porque adoptaba los colores de su entorno, sino por su completa inmovilidad. Se acercó al lagarto, que giró un ojo para observarlo y se tornó negro de rabia. Por supuesto, al Lagarto-que-cambia-de-color no le gustaba que lo detectasen. Sus colores se aplacaron hasta llegar a un amarillo anaranjado neutro, manchado de pardo. También había un lagarto Gurkha sobre una rama, como si lo hubiesen tallado en la corteza. Le hizo un guiño a Mission con uno de sus ojos dorados.

Pese a las exigencias de vigilancia, Mission pasaba cada vez más tiempo en la selva con sus lémures. Había convertido la antigua estructura de piedra, descubierta por él, en una vivienda. El arco abierto de la segunda habitación estaba adornado con raíces. El piso, enlosado. Había cubierto la entrada con un mosquitero y dispuesto un catre sobre el suelo. Cuando lo barría, le extrañaba encontrar sólo unos pocos insectos y, por cierto, ninguno de una variante venenosa. Los peldaños de piedra estaban gastados por los pasos de muchos pies, de pies que quizá no fuesen humanos.

Desde aquel primer encuentro había localizado una banda de lémures más grandes. Eran demasiado voluminosos y pesados para sentirse cómodos en los árboles y vivían la mayor parte del tiempo sobre la tierra, en una zona de pasto y

monte donde la selva comenzaba a ralear, a un kilómetro y medio de su campamento. Una tierra ideal para el pastoreo; Mission lo comprendió con un estremecimiento. Estos animales eran confiados y mansos y sensibles al afecto de los hombres.

Mission apuró el paso. Quería llegar a la antigua estructura de piedra antes del anochecer y esperaba que su lémur predilecto estuviera allí. A menudo dormía con el lémur a su lado sobre el catre, y lo llamaba Fantasma.

Cuando Mission apareció, Fantasma lanzó un grito breve y agitado de bienvenida. Mission se quitó las botas y colgó sus prendas de abrigo en los ganchos de madera, clavados en grietas entre las piedras de los muros. El único mueble era una mesa adosada a la pared, hecha de tablas burdamente labradas, y sostenida por dos patas; arriba de ella había un tintero, plumas de ganso y hojas de pergamino. En un rincón había un pequeño barril de agua con un grifo, algunos utensilios de cocina, un hacha, un serrucho, martillos, un mosquete. La pólvora y las balas se guardaban en un pequeño cajón al pie del catre.

Mission estaba sentado a la mesa al lado de su espectro, su Fantasma, y contemplaba el misterio de la estructura de piedra. ¿Quién podría haberla erigido?

¿Quién?

Formula la pregunta con jeroglíficos… una pluma… Elige una pluma de ganso. Agua… el agua transparente debajo del embarcadero. Un libro… un antiguo libro ilustrado con tapas de borde dorado. *Los lémures fantasmas de Madagascar*. Pluma… una gaviota que se zambulle en busca de basura… las estelas de tantos navíos en tantos lugares. Una pluma de la Gran Ave que una vez vivió aquí, y el Lago Sagrado, a dos jornadas de caminata hacia al Este, donde cada año se sacrifica una vaquilla al Cocodrilo Sagrado. Sin embargo, Mission se pregunta si existen otras estructuras, similares a ésta, en la isla…

¿Dónde?

Una hogaza de pan… agua… una jarra… un ganso atado a un poste. Una mirada que atraviesa la isla de punta a punta, con los ojos del Lagarto-que-cambia-de-color. Mission no sabe por qué le aterran las preguntas que se precipitan en su mente, pero está satisfecho, casi satisfecho, de que le aterren.

¿Cuándo?

Un junco… una rebanada de pan… Un pájaro revolotea en el aire. Una mujer despluma una ave, retira una hogaza de pan de un horno de adobe. La división entre lo salvaje, lo que no está sujeto al tiempo, lo libre y lo manso, lo sujeto al tiempo, lo atado, como el ganso atado que por siempre se apenará de su servidumbre.

Esa estructura que ya ha comenzado a obsesionar a Mission sólo había podido construirse en una época, antes de que la División se ensanchara en Abismo.

El concepto de una pregunta es junco y agua. El signo de interrogación se

desvanece, se transforma en junco y agua. La pregunta ya no existe.

Extraños seres juntan piedras. Mission no puede distinguirlos nítidamente, sólo sus manos, que parecen cuerdas grises. Siente la inmensa dificultad de una tarea insólita. Las piedras son demasiado pesadas para las manos y para los cuerpos de estos seres. Sin embargo, por alguna razón, deben eregir esta estructura.

¿Por qué?

No hay ninguna razón.

Fantasma se agitó al lado de Mission y eructó un dulce perfume de tamarindo. Pese a la advertencia de Babuchi, el capitán Mission sabía que debía aprender más.

Prendió una vela y echó una temeraria dosis de cristales de *indri* en la palma de su mano; la tragó tomando una taza de agua. Casi de inmediato, se acordó del gorila de ensueño en la habitación de al lado, de la extraña criatura porcina que había visto y, más tarde, del gentil lémur ciervo.

Mission se recostó al lado de su Fantasma. No estaba seguro de que quisiera ver lo que el *indri* le mostraría; desde ya sabía que la visión sería triste, más allá de lo soportable. Miró hacia afuera, a través de las raíces de los árboles, mientras la noche se empapaba de la luz remanente como una gran esponja negra.

Allí estaba, recostado en la luz gris, y con un brazo rodeaba a su lémur. El animal se acomodó, acercándose, y levantó una pata hasta su rostro. Pequeños lémures ratoncillos se aventuraron a salir de entre las raíces y los nichos y agujeros del viejo árbol; registraron la habitación, asaltaron a los insectos con leves chillidos. Sus colas se sacudían por encima de sus cabezas; sus grandes orejas acampanadas, delgadas como papel, se estremecían ante cada sonido mientras sus grandes ojos límpidos hacían un barrido de las paredes y los suelos en busca de más insectos. Habían hecho esto durante millones de años. La sacudida de la cola y las orejas temblorosas marcan el paso de los siglos.

Mientras la luz se dejaba absorber por la esponja de la noche, Mission podía ver a muchos kilómetros a la redonda: la selva tropical de la costa, las montañas y los arbustos del interior, las zonas áridas del sur donde los lémures brincaban en el cactus alto y espinoso del género *Didiera*. Juguetean, saltan y se marchan de prisa hacia el pasado remoto, antes de la llegada del hombre a esta isla, antes de la aparición del hombre sobre la tierra, antes del comienzo del tiempo.

Un viejo libro de láminas con los bordes de los grabados dorados; un papel de seda cubre cada imagen… *Los lémures fantasmas de Madagascar*, en letras doradas. Helechos gigantes y palmeras, bulbosos árboles de tamarindo, parras y arbustos. En un ángulo de la ilustración se ve una ave enorme, de tres metros de alto, una ave

regordeta, desaliñada, indefensa, obviamente incapaz de volar. Esta ave hace comprender que aquí se está en un remanso del tiempo. No habría depredadores en esta selva, ningún felino grande. En el centro de la ilustración se encuentra un lémur de cola anillada sobre una rama que mira a los ojos del observador. Ahora aparecen más lémures, como en un rompecabezas…

La raza de los Lémures es más antigua que el Homo bobiens, mucho más antigua. Data de hace ciento sesenta millones de años, la época en que Madagascar se separó del continente africano. Su modo de pensar y sentir difiere básicamente del nuestro; no se orienta hacia tiempo, secuencia y causalidad. Ellos consideran repugnantes y difíciles de comprender estos conceptos.

Se podría pensar que una especie que no deja huellas fósiles ha desaparecido para siempre, pero la Gran Imagen, la historia de la vida sobre la tierra existe para quien la quiera leer. Masas de montañas y selvas se deslizan, algunas disminuyen su velocidad, otras la aceleran, enormes ríos de tierra dentados se separan en islas, una gran fisura, las masas de tierra se frotan, y luego se separan, se precipitan, cada cual hacia su lado, cada vez más aceleradas… aminoran la velocidad en la gran isla roja, con sus desiertos y sus selvas tropicales, sus montañas con arbustos y lagos, sus animales peculiares y sus plantas, y la ausencia de depredadores y reptiles venenosos: un vasto santuario para los lémures y los espíritus delicados que respiran a través de ellos; el brillo de las joyas en los ojos de una rana silvícola.

Mientras seguía unida a África, Madagascar era una masa de tierra terminal, que asomaba como un tumor irregular cortado por una grieta de contornos futuros, esta larga grieta como una huella enorme, como la ranura que divide en dos el cuerpo humano. Esa grieta medía un kilómetro y medio de ancho en algunos lugares y, en otros, se estrechaba hasta un escaso centenar de metros. Era una zona de cambios explosivos y de contrastes, barrida por violentas tormentas eléctricas, increíblemente fértil en algunos lugares, completamente baldía en otros.

El Pueblo de la Ranura, formado por el caos y por el tiempo acelerado, relampaguea a través de ciento sesenta millones de años hasta llegar a la División. ¿De qué lado estás? Demasiado tarde para cambiar ahora. Separados por una cortina de fuego. Como una enorme nave, festiva, botada con fuegos artificiales, la gran isla roja se adentraba, majestuosa, en el mar y dejaba una herida abierta en el flanco de la tierra que sangraba lava y lanzaba chorros de gases nocivos. Ha yacido, amarrada, en una tranquilidad encantada durante ciento sesenta millones de años.

El tiempo es una aflicción humana; no un invento humano, pero una prisión. ¿Cuál es, entonces, el sentido de ciento sesenta millones de años sin tiempo? ¿Y qué significa el tiempo para los lémures en busca de víveres? Aquí no hay depredadores, no hay mucho que temer. Tienen el dedo pulgar opuesto pero no fabrican herramientas; no las precisan. No están tocados por el mal que inunda y llena al

Homo bobiens cuando levanta un arma: sin embargo, *él* tiene la ventaja. ¡Una terrible sensación de regocijo proviene de saber que uno la tiene!

La belleza siempre está condenada. «Los que son malignos y están armados se acercan». Homo bobiens con sus armas, su tiempo, su codicia insaciable, y una ignorancia tan horrible que es incapaz de contemplar su propio rostro.

El hombre nació en el tiempo. Vive y muere en el tiempo. Dondequiera que vaya, lleva el tiempo consigo y lo impone.

El capitán Mission se alejaba a la deriva, más y más rápido, preso de una inmensa corriente submarina tiempo. «Fuera, y debajo, y fuera, y fuera», repetía una voz dentro de su cabeza.[3]

Mission sabe que el templo de piedra es la entrada del Jardín Biológico de las Oportunidades Perdidas. Pague y entre. Siente un impacto de tristeza que le detiene la respiración; un dolor que lo atrapa, lacerante. Este dolor puede matar. Ahora entiende el sistema de valores que rige aquí.

Se acuerda de la rosada criatura porcina, perdida en una debilidad pasiva, hundida sin esperanza contra la pared, y del simio negro contra el muro opuesto a la entrada, muy quieto y muy negro, de una negrura incandescente. Y del gentil lémur ciervo, extinguido desde hace dos mil años; del Fantasma que comparte su catre. Avanza a través de las raíces que cuelgan del antiguo arco de piedra. Por alguna razón, el negro cuadrumano se topa con él y lo mira en los ojos con los suyos, de un negro absoluto. Canta una canción negra, una melodía áspera de una negrura demasiado pura para que pueda sobrevivir en el tiempo. Tan sólo sobrevive el compromiso; por eso, el Homo bobiens es una criatura tan confusa y repugnante, que defiende de un modo precario e histérico una posición que sabe desesperadamente negociada.

Mission se mueve a través de un túnel oscuro, que se abre a una serie de dioramas: el último lémur ciervo cae, alcanzado por la flecha de un cazador. Las palomas migratorias llueven de los árboles acompañadas por salvas de escopetazos y caen a plomo sobre los platos de banqueros gordos y de políticos con sus doradas cadenas de reloj y sus dientes de oro. Los humanos eructan la última paloma migratoria. El último lobo de Tasmania renquea en el crepúsculo azul, tiene una pata astillada por la bala de un cazador. Así van los Casi, los Habrían-podido-ser, los que tuvieron una posibilidad en un millón de millones y la perdieron.[4]

Observad al observador observado.



Perodicticus potto

Dos

Se avecinaban disgustos; el capitán Mission lo presentía. Había recibido un informe de un indígena en quien había solido confiar, sobre una fuerza expedicionaria conjunta, francesa e inglesa, que estaba en camino para atacar a su colonia de piratas libres, Libertatia, situada en la costa occidental de Madagascar. Puesto que prefería una batalla naval, en aguas que conocía bien, a un intento de defender los cuatro frentes de una posición de tierra firme, emprendió el equipamiento de tres naves. Antes de partir, hizo una visita a la entrada del Museo de las Especies Perdidas.

Por la mañana, Fantasma se había acurrucado contra él, mientras emitía un lloriqueo quejumbroso. *Sabe que lo estoy abandonando*. Mission se alejó con paso rápido y luego se volvió: Fantasma seguía allí, mirándolo, esperando.

Después de tres días de navegación, sin señales de ninguna fuerza expedicionaria y sin que ninguna de las bandas de indígenas que detenía e interrogaba pudiese dar noticias al respecto, Mission comprendió que la historia del asedio había sido una treta para alejarlo con engaños de la colonia y dio la orden de volver. Demorado a causa de los vientos de proa, tardó ocho días en llegar a Libertatia.

Desde el puerto divisó la colonia, que ahora era una ruina destruida por el fuego, donde no quedaba nada, salvo el olor a ceniza y a muerte. Mission se dirigió tierra adentro, atenazado por las náuseas del miedo. Atravesó los restos de la matanza sobre el campo, se abrió camino en la selva hasta la antigua estructura.

Una onda explosiva ha provocado la voladura de la arcada en fragmentos, y las raíces desterradas se asemejan a manos rotas de las que rebalsan piedras y cascotes. Mission oye un débil balido: Fantasma está atrapado debajo de una pesada piedra. Levanta la piedra y recoge al lémur moribundo en sus brazos, consciente de que Fantasma ha estado allí esperándolo. El lémur apoya su pata lenta en el rostro del capitán y lanza un quejido débil y triste. La pata cae. Mission sabe que una oportunidad que sólo se da una vez cada ciento sesenta millones de años se ha perdido para siempre.

La entrada… una vieja película… oscura y granulosa carga explosiva… una pata lastimera se levanta hasta su rostro… Él sabe que estoy a una distancia de ciento sesenta millones de años… Raíces desterradas, parecidas a manos rotas… un quejido débil y triste.

Este dolor puede matar, pero el capitán Mission es un soldado. No se rendirá al enemigo. En un arranque atroz, su dolor da forma a una maldición.[5]

Transmuta su dolor en una incandescente llamarada de odio y pronuncia una maldición sobre todas las Juntas directivas y sobre todos los Martins de la tierra; maldice a sus siervos, a sus incautos y a sus acólitos:

—¡Haré recaer sobre ellos la sangre de Cristo!

Cristo ha vuelto de su estancia de cuarenta días en el desierto, después de resistir a las tentaciones de Satanás.

Está en el taller de su padre. Tanto la habitación como los objetos que contiene le son tan poco familiares que no tiene la sensación de haber vuelto. ¿Alguna vez usó estas azuelas, estos serruchos, estos martillos, para fabricar sillas y mesas y armarios?

En el tornillo del banco hay una pieza de madera tosca. Toma la azuela; sabe que esta herramienta se usa para alisar y dar forma a la madera bruta. Durante un instante siente las vibraciones de la herramienta en su mano, que se desvanecen como los vestigios de un sueño y dejan un peso muerto en sus dedos. Apoya una mano sobre la madera y, con la otra, asesta un fuerte golpe sobre un nudo protuberante de la madera.

La azuela se desvía del nudo y le corta la mano izquierda entre el pulgar y el índice. Es un corte profundo, pero el dolor que siente no es mayor al que habría experimentado si su mano misma fuese de madera. Mira hacia abajo con incredulidad. La sangre que gotea no es roja, si no de un pálido color amarillo verdoso que despide un olor de corrupción amoniacal, como orina podrida, el tufo de la estancia del hombre sobre la tierra. Donde la sangre cayó sobre la madera bruta, la corroe como un ácido y traza un rostro simiesco, maligno, grabado con odio, maldad y desesperación.

Se toca la herida con los dedos de su mano derecha y ésta se contrae y sana bajo esa imposición. Ni siquiera queda una cicatriz.

Y un hombre vino a mí con un mono enfermo en sus brazos, y dijo:

—¡Cura a mi mono!

—No puedo curar animales; no tienen alma.

—Tienen gracia y belleza e inocencia. ¿Qué es la gente que curas, si no animales? Animales sin gracia, animales feos, deformados y enfermos por el odio que causó su mal…

Abrazó a su mono enfermo con ternura y se dio la vuelta. Luego, miró hacia atrás y dijo:

—Anda, cura a Tus leprosos. Y a Tus pordioseros hediondos. Cura hasta que no Te quede nada con qué curar.

Y otros vinieron con gatos enfermos, y con hurones. Y uno vino con un niño enfermo.

—Este niño es vidente. Puede ver lo que hay en las mentes de los otros. Puede hablar con el viento, y con la lluvia, y con los árboles y con los ríos. Cúralo.

—No puedo curarlo porque no Me conoce y no conoce Aquél que Me envió.

—Entonces no me importa nada de Ti, ni de Aquél que te envió. Porque Te envió para hacer los hombres menos de lo que son, no más. Él Te envió para crear esclavos, no hombres libres. Él Te envió para cegar nuestros ojos y tapar nuestros oídos.

Existe apenas una cierta cantidad de energía, y cada vez que la uso, hay un poco menos. Apareció una mujer, furtiva, y tocó Mi manto, y Yo dije:

—¡La Virtud me ha abandonado!

Pude sentir como me dejaba. Tiene color y su color es azul, un azul más profundo que el mar o el cielo. La usaré toda y ya no habrá más, nunca.

Hoy un hombre vino a Mí. Dijo que era pintor y que sus ojos le estaban fallando.

—No pido ser curado por mí mismo, si no por el don que tengo. Veo lo que hay detrás de los rostros, y detrás de las colinas y de los árboles, y del mar. Veo lo que nadie más puede ver, y pinto lo que veo.

Dije que no podía curarlo porque no tenía fe. Se rio, una risa dura y áspera como una lima que corta el bronce, y dijo:

—La gente que Tú curas no merece ser curada. ¿Por eso los curas?

—Es su fe que los cura.

—Eso es una mentira. He pintado Tu retrato. Es el retrato de una mentira.

Y sostuvo el retrato a la altura de Mi rostro. Estaba pintado sobre un pequeño cuadrilátero de alguna madera noble, y los colores seguían las vetas de la madera como si la madera misma hubiese pintado el retrato.

Me sobresalté porque había visto ese rostro antes, grabado en madera donde Mi sangre había caído cuando Me corté en el taller de Mi padre. Y se hizo una oscuridad delante de Mis ojos. Cuando la oscuridad se disolvió, el hombre se había marchado.

Los marineros que navegaban cerca de la costa toscana escucharon una voz potente que hablaba con la certeza absoluta que tienen las palabras que nunca más se escucharán.

—¡El gran dios Pan ha muerto!

La fecha era el 25 de diciembre del año cero de nuestra era.[6]

Así como los hombres magos de Marruecos comen sus propios excrementos para distinguirse de los demás seres humanos, Cristo se mantuvo en el poder gracias a la antigua corrupción de una sangre distinta. Surge una pregunta: Cristo, ¿realmente perpetró los milagros que se le atribuyen? Mi conjetura es que, seguramente, realizó algunos de esos actos escandalosos. Los budistas consideran los milagros y la curación como algo sospechoso, si no francamente censurable. Aquél que obra milagros está perturbando el orden natural, con consecuencias incalculables a largo plazo. Y su motivo es, a menudo, la glorificación de sí mismo.

De modo que si Cristo obró milagros, lo que hizo no fue tan destacable. Cualquier mago competente puede curar (a veces; no siempre puede acertar) y exorcizar diablos, en especial si, en primer lugar, fue él quién los instaló. Muchos profesantes pueden hacer magia con el clima. Unos pocos pueden resucitar a los muertos.

La misión de Cristo fue demostrar que estas cosas sólo pueden hacerse una vez, por un sólo hombre, o por su representante acreditado. Su misión fue una mentira. Cristo estableció un monopolio de los milagros, y un monopolio en cuanto a los intermediarios de la maravilla.[7]

Cristo se llamaba a sí mismo el Hijo del Hombre. He dicho que Cristo era el molde del hombre. Esto tampoco es exacto; más bien, era un derivado del molde humano y el hijo de ese molde. Todas las especies derivan de moldes. Hay moldes de gatos, moldes de venados, moldes de víboras, moldes de cienpiés, moldes de primates. Cuando el molde se destruye o muere, se extingue la especie.

El conocimiento imperdonable: *el Creador ya no puede crear* (si es que Él alguna vez ha podido). Sólo puede manipular las creaciones de Sus mortales sirvientes. Percibe con parsimonia, a medida que los objetos familiares emergen en la luz del alba, que el Control Central Lo está despidiendo.

El oficial judicial asignado a su caso una vez le contó, en una de esas confidencias de borrachos, que lo peor que le podía tocar a un oficial como él era despedir a un agente. Si el despido se hace con habilidad, el mismo agente comienza a dudar, primero de su misión y, por último, de su salud mental. ¿Escucha voces? Es capaz de percibir la acumulación del desastre como quien percibe una densa niebla amarilla y conoce el miedo, mientras su misión se derrumba hecha astillas de madera.

Empieza a dudar de que alguien jamás lo haya enviado, de que haya tenido una misión o que hubo alguna razón para todo ello que no sean los dictados de un cerebro trastornado. ¿Hubo algún Padre que lo enviaba y hablaba a su mente con una voz distinta? Vio a locos vociferando mensajes por las calles, mordidos por perros, lapidados por niños. ¿Quizá sólo es un loco más, aferrado con desesperación a alguna certeza absoluta, cuando su Verdad es polvo en el viento? El agente honorario de un planeta que parpadeó y se apagó hace años luz…

Cristo habrá comprendido, en la Cruz, que fue engañado. Sin la Crucifixión, todo el asunto es tan flojo como una certeza abierta la noche anterior. De modo que su última misión fue inducir a innumerables millones de seres humanos a la aceptación de una mentira mutilante, gracias a ese símbolo poderoso. De hecho, cada persona tiene la capacidad de curar y de influir en el clima.

Y los racionalistas que rechazan Sus enseñanzas son los que más contribuyen a perpetuar la mentira. Entre creyentes y no creyentes, sólo hay el filo de una navaja; de ambos lados de la navaja, el abismo de ignorancia deliberada. Nadie tan ciego como quien no quiere ver.

Brion Gysin sabía un cuento para la hora de acostarse que es bueno en cualquier ocasión: hace unos billones de años, un gigante sucio y desaliñado sacudía las manos para quitarse la grasa de los dedos. Una de estas gotitas de grasa es nuestro universo, rumbo al suelo.

Plop.

Después de la muerte del capitán Mission, los Siete Guardianes protegían la entrada obstruida de lo que fuera su morada de adopción y el árbol destrozado que la flanqueaba. Los Guardianes no eran una orden hereditaria. Cuando un Guardián moría, los demás seleccionaban al reemplazante, a quien reconocerían por ciertos signos. A veces se elegía a un niño; en otros casos, un adolescente o un adulto. Algunos de los Elegidos eran, de hecho, bastante mayores. Como sólo había siete Guardianes a un tiempo, la orden podía mantener un alto grado de reserva.

La tierra que circundaba el árbol y la entrada era, por supuesto, propiedad de los Guardianes que, a su vez, tenían modos de desalentar a los intrusos. Los intrusos en potencia, por alguna razón que nunca pudieron elucidar, evitaban instintivamente el sitio. Era algo que debía olvidarse tan pronto como fuese posible. De modo que nadie en la zona sabía, siquiera, dónde quedaba la región prohibida.

La Junta sabía de la existencia de los Guardianes, pero les parecía risible. Estaban convencidos de que Martin había obstruido la entrada de un modo eficaz, si es que había una entrada. Sin embargo, enviaron agentes para eliminar a los Guardianes y apropiarse de las tierras. Tres de los Guardianes escaparon y los agentes no dieron con la entrada.

La Junta, de hecho, había perdido interés en lo que había llegado a ser conocido como el Museo de las Especies Perdidas, y algunos miembros incluso sugerían que el museo había sido una quimera de la imaginación, obnubilada por las drogas, del difunto capitán Mission. De cualquier modo, había asuntos más urgentes: disidencia internacional en una escala sin precedentes. Los ordenadores de la Junta estimaban que la disidencia se agudizaría en los próximos cincuenta o cien años. Ésta era la menor de las anticipaciones con la que habían de tomar precauciones.

Para distraer a sus acólitos de los problemas del exceso de población, la merma de recursos, la deforestación, la contaminación pandémica del agua, la tierra y el aire, inauguraron una guerra contra las drogas. Esto les daba un pretexto para crear un aparato policial internacional, diseñado para suprimir la disidencia a nivel planetario.[8] El aparato internacional se llamaba ANA: Anti Narcóticos Asociados. En árabe *ana* significa «yo», y puede sugerir un observador, de modo que «ANA» puede ser el equivalente de «Ojo».

—Un porro.

—Sí, pero… ahora hay muchos que observan por el Ojo.

El miembro de la Junta de Texas levanta la vista de sus palabras cruzadas.

—¿Deberíamos preocuparnos? Si contamos con la Mayoría Abstrusa.

—No es una mayoría.

—¿Quién necesitó jamás de una mayoría? Con el diez por ciento más la policía y los militares siempre ha bastado. Además, tenemos los medios de comunicación, con pelos y señales. ¿Existe algún periódico de gran circulación que sugiera, acaso, que la guerra contra la droga es un señuelo? ¿Alguien que pregunte por qué no se destinan más fondos a la investigación y a los tratamientos? ¿Algún periodista que se fije en el lavado de dinero en Malasia? ¿O en las cuentas de banco de Mahathir bin Mohamed en los paraísos fiscales? ¿Alguien que diga que los traficantes ahorcados en Malasia no son, exactamente, personajes claves? No hay límite para lo que los medios de comunicación pueden tragar y escupir en sus páginas editoriales. ¿Entonces?

—¿Pero no nos estaremos perjudicando a nosotros mismos?

—No, tan sólo restringiendo y eliminando a competidores de poca monta.

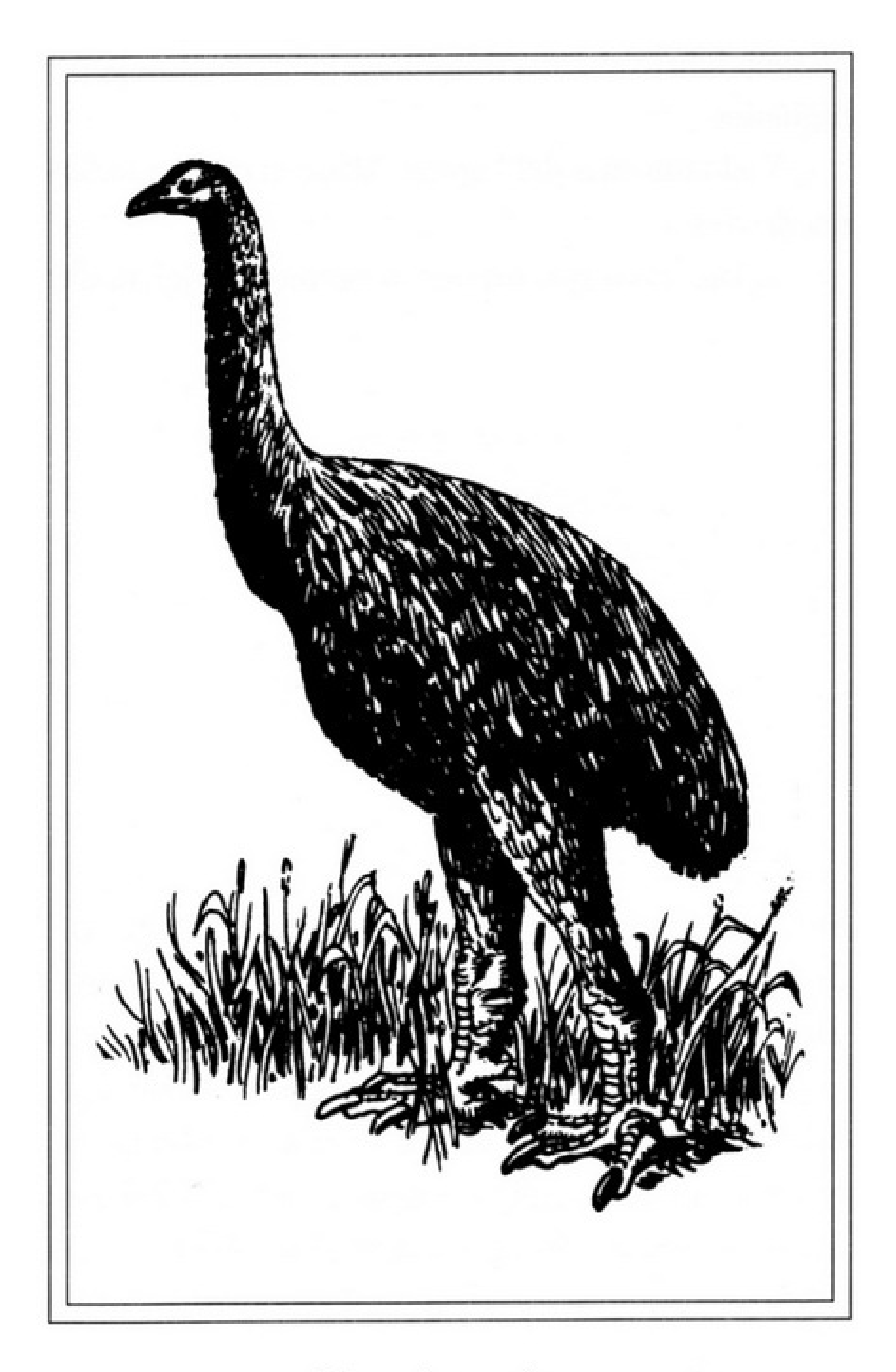
—Pero si fusilamos a todos los adictos…

—No lo haremos. Sólo haremos lo necesario para subir los precios, y naturalmente habrá períodos en que el uso de la fuerza no será tan intenso.

De modo que, de pronto, todo el dinero de este planeta fabricado con dinero, no vale ni como papel higiénico.

Y el fantasma del capitán Mission casi se enferma de risa.

—¿Van a ensayar un nuevo agente biológico, eh?



Dinornis maximus

Tres

Era un día diáfano en Madagascar, perfecto para hogueras, con un viento fresco que subía por el barranco hasta una franja de la selva. Un grupo de vaqueros se ocupaba de proveer de lo que llaman «un mordisco verde» a sus cebúes inútiles, una variedad pequeña, negra y jorobada de bueyes venerados por los indígenas e involucrados en ciertas estúpidas prácticas funerarias.

Un árbol gigantesco y bulboso, cuyas raíces se aferraban a la tierra como una madre que protege a su cría, estalló de golpe en una masa de llamas y se produjo una explosión resonante que hizo volar piedras y tierra por los aires. (La explosión fue causada por un barril de pólvora dejado por Martin, uno que no había detonado durante la explosión que, hacía tiempo, había sellado la entrada del Museo de las Especies Perdidas).

Los vaqueros se sobresaltaron y se protegieron las cabezas. Nadie resultó herido. Después de una discusión, se convencieron de que alguien que intentaba eliminar el árbol había dejado dinamita en el lugar, por descuido.

Sifka Babirbutu era un hombre de cierta importancia, puesto que poseía el mayor rebaño de cebúes del distrito. Cuando llegó a su casa de dos pisos, su mujer ya le había preparado un baño caliente. Después, en vez de vestirse con los pantalones y la camisa de lino habituales, eligió su mejor vestimenta ceremonial.

Su mujer lo observaba con fría desaprobación.

—¿Estás borracho, o qué? ¿Dónde celebran el funeral?

—El funeral ha llegado para toda la humanidad si no me siguen.

Nada puede salvar el mundo excepto el sacrificio de cada cebú de Madagascar.

Su mujer le notó un extraño resplandor alrededor de la cabeza y había algo en su voz, como luego informó al enviado del Centro de Control de Enfermedades.

—Su voz me traspasó. Luego emitió un grito tan fuerte que hizo que mi pelo se erizara como las púas de un *tenrec*, y se cayó muerto como si lo hubiese partido un rayo.

Todas las víctimas de la enfermedad contraída por Sifka Babirbutu compartían, como luego se demostrara en las autopsias, una anormalidad común: por sus venas no corría sangre sino una supuración de un color amarillo verdoso que emanaba un espantoso hedor. La enfermedad se propagó con gran rapidez al continente africano, y desde allí a Europa y América.

En la primera fase, las víctimas sufrían extrañas alucinaciones, convencidas de que estaban dotadas de poderes milagrosos, de modo que corrían de un lado a otro aplicando sus manos sobre cualquiera que encontrasen y estuviese enfermo o lisiado de algún modo. Los aquejados por este mal eran especialmente molestos en los hospitales, donde irrumpían en las salas de operaciones y de partos. Esta fase solía

durar algunas horas, tal vez días.

Seguía una fase violenta, en la cual la víctima acusaba a cualquiera que se le cruzara en el camino de traicionar al Hijo del Hombre. Y algunos, en su demencia fanática, se sintieron impulsados a descargar el rayo fatal de sus temibles lanzallamas de chapucera fabricación casera o de extraños engendros eléctricos; o bien hacían uso sangriento de espadas y hachas. La fase terminal se manifestaba en congoja, apatía y muerte.[9]

El cirujano venerable, con un empujón violento y repentino echa a su paciente de la mesa de operaciones.

—Agarre sus hemorroides y váyase. No quiero tipejos como usted aquí. ¡Maldito inválido!

El pastor sacrifica un niño sobre un altar con un serrucho mecánico y engulle un cáliz con sangre antes de que su grey, paralizada, pueda intervenir.

Se ha observado que policías y militares comienzan en la fase violenta en pleno desarrollo; su capacidad destructiva sólo se limita por un alto índice de hemorragia cerebral.

Se estima que cien millones murieron debido a la Enfermedad de Cristo. Pero aquellos que mueren no son nada comparados con los sobrevivientes.

«Soy el camino. Nadie llega al Padre si no es por Mí».

Imaginad cientos de miles de profetas, todos diciendo con absoluta convicción *«Soy el camino»*, juntando discípulos, incluso obrando milagros. Los efectos especiales han progresado mucho desde tiempos de Jesús.

Los literalistas —o «Lits», como se los conoció— de hecho convierten las palabras de Cristo en una práctica desastrosa.

Veamos, Cristo dice que si algún hijoputa roba la mitad de tu ropa, tienes que darle la otra mitad. De acuerdo con esto, los Lits acechan a los asaltantes en las calles y, al verlos, se desnudan. Muchos asaltantes desafortunados fueron aplastados debajo de un montón de Lits medio desnudos en plena pelea.

Los Perdonadores Implacables, variante subalterna de los Lits, llegarían a cualquier extremo con tal de encontrar un enemigo y perdonarlo. El Padrino de la Mafia se ha atrincherado en su refugio de Long Island, no vaya a ser que un padrino rival entre a hurtadillas y colapsando en sus brazos para perdonarle todo, efusivamente. Los criminales se agolpan en las comisarías de barrio y tienden las manos para que los esposen. No lo duden, hermanos y hermanas, el amor es la solución.

«Dejad que el amor emerja de una manga contra incendios en chorros de melaza.

Dadle el beso de la vida. Introducid la lengua en su garganta para sentir el sabor de lo que ha comido y bendecid su digestión, *rezumad* hasta sus intestinos y ayudadlo a mover su comida. Hacedle saber que *veneráis* a su ano como parte del todo inefable. Hacedle *saber* que tenéis un temor reverencial por sus genitales, porque son parte del Plan Maestro, de la vida en toda su rica diversidad».

«No desfallezcáis. Haced que vuestro amor entre en él y penetradlo con el Lubricante Divino que, en comparación, hace de la lanolina mero papel de lija. Es el lubricante más mucilaginoso, el más baboso y el más rezumante que jamás hubo o habrá, amén».

Se lo conoce por el Espíritu Grasiento, que os amará de arriba a abajo, por dentro y por fuera. Pero hay quien dice que los Amantes Mortales no son más que viles y podridos vampiros que merecen ser empalados antes de que nos amen hasta convertimos en una sopa espesa y sabrosa y nos sorban a todos. El «Plan Maestro», lo llaman.

Estas costumbres pronto crearon una aguda escasez de enemigos, lo cual fomentó la creación de los Servicios Profesionales de Enemigos, SPE. Sólo dénos sus especificaciones, y nuestros expertos enemigos harán el resto. ¿Está por fundar una nueva religión? ¿Una secta? Ningún culto tendría éxito sin enemigos. ¿Dónde estaría el cristianismo sin la Crucifixión?

¿Precisa un enemigo personal? ¿Alguien especial sólo para usted? Vamos, haga un modelo del enemigo consumado, todo lo que usted detesta y todo lo que hay de detestable en usted, todos los inocuos amaneramientos, los detalles de la vestimenta, todo lo que lo saca de madre. Basta con introducir sus especificaciones en el ordenador y su enemigo personal sale por la pantalla.

Quiéralo, o quiérala, y obtendrá su aureola.

Medusa, con su peinado *afro* de serpientes sibilantes, plantea una pregunta: ¿Cuándo la aureola llega a ser un atributo extenso, y qué alcance tiene entonces? Ojos por doquier, en vuestra TV, en vuestro dormitorio, en vuestro baño… narices de policía, rojas y bulbosas, husmean por marijuana. Miles de hermanos fisgones os husmean, escuchan, observan, día y noche. Una boca ondulante puede salir de un sinuoso tubo rosado para sacar, de un rápido mordisco, comida del plato o hasta del tenedor de un espantado sibarita y dejar una estela de baba intestinal.

Además, esta Enfermedad de Cristo fue sólo una entre las muchas plagas liberadas por la fatídica detonación del «mordisco verde» junto a la puerta escondida del Museo de las Especies Perdidas, cuya colección permanente incluía tanto virus como animales. Cuando una sepa de virus se agotaba, o en las raras instancias en que

los científicos finalmente perfeccionaban una vacuna o un tratamiento, otra plaga tomaba su lugar. Vuelva a la casilla inicial, Profesor.[10]

Volvamos, entonces, al jardín zoológico y botánico de las especies extinguidas. Al Jardín de las Oportunidades Perdidas. Las calles tristes de la Oportunidad Perdida. Seres demasiado confiados y dulces para la supervivencia. Un lémur brinca hasta un colono bestial quien, con un repugnante gruñido, lo parte en dos con un golpe de cuchillo y deja que se desangre.

—Trata de morderme ahora, ¿quieres? Animales de mierda.

¿Y recordáis las palomas migratorias? Caían de los árboles como una lluvia. Se puede vender todo lo que se pueda matar. Y el precio es bueno.

Este paisaje produce un impacto pasmoso: montañas con precipicios, grietas y valles que se pierden en oscuras profundidades. Todo está presente de un modo simultáneo: animales, plantas, insectos, invertebrados, anfibios, reptiles; todos en su hábitat natural. Surge una zona equívoca, la zona de las enfermedades extinguidas. Hambrientas, después de tantos años.

Ahora bien, una enfermedad normalmente se extingue porque ha matado a todos los huéspedes disponibles y no puede encontrar otro a tiempo. Muchos de estos peces gordos, ávidos asesinos al cien por cien, no duran. Deberían diluirse un poco y quedarse allí, como un resfrío o una úlcera o una humilde verruga. Algunas de ellas son tan deletéreas que borrarían del mapa a todo un pueblo en una semana.

Venturas de la guerra. Abundancia de calamidades buenas, hambrientas y a la espera.

He aquí a los Pelos. De la noche a la mañana, la barba de un hombre ha crecido siete centímetros y los Pelos reptantes lo cubren, pesados y fétidos, con raíces que descienden hasta su estómago e intestinos, apresan su hígado y su corazón. Al final, se parecerá a un gran fardo de pelos.

Nick Grenelli es hirsuto por naturaleza: pelo negro en el pecho, la espalda, y los hombros. Precisa afeitarse dos veces al día.

Una mañana se despierta y descubre que el pelo de su cabeza le cubre las orejas y que la barba parece, por lo menos, de cuatro días. Los pelos de su cuerpo y de sus brazos también son mucho más largos, y experimenta un hormigueo en la piel, como si pudiese *sentir* el crecimiento de sus pelos. Perturbado, se afeita y prepara una taza de café.

Sentado en el patio de su casa de Miami, nota que los pelos de los antebrazos y las muñecas se han desprendido y caído sobre la mesa: una película de delgados pelos negros, y luego ve, espeluznado, que los pelos se mueven, se retuercen como

menudos filamentos vivos, en realidad, como pequeños gusanos negros.

—¡Dios mío! —exclama y, en ese instante, una ráfaga de viento se lleva los pelos por encima del muro que limita su patio, hacia el cielo azul.

Al día siguiente, cuando despierta, una película de pelos le cubre los ojos y, si se mueve en la cama, puede sentir un cojín de pelos debajo de su cuerpo. Tiene la nariz obstruida por pelos y las pestañas y las cejas le tapan los ojos. Con un grito se precipita al baño: su cara está completamente cubierta, grandes racimos de pelo brotan de sus orejas, de las palmas de sus manos, de las plantas de sus pies. Y los pelos viven una vida independiente de giros y contorsiones. Los pelos han crecido a través de sus mejillas y su paladar hasta invadirle la boca y la garganta.

Sundown Slim despierta sobre un colchón colocado en medio de la isla peatonal que divide la calle Houston de Nueva York en el Bowery. Parece cubierto por un abrigo de piel. Se incorpora, vacilante, y encuentra que su piel está debajo, y no por encima de su ropa, brotando a través de las aperturas de su camisa, de sus tobillos y de su cuello. Se quita el pelo de los ojos.

—Bueno —se dice— a lo mejor me ha dado el *delirium tremens*.

Hurga en un bolsillo de su chaleco. Un crujido; dos billetes de un dólar. Bastante para un litro de jerez. Se pone en pie, tambaleante, cruza Houston y baja por el Bowery hasta una tienda de licores.

El dueño lo mira con desprecio frío.

—Mira, no estamos en carnaval.

—¿Qué?

—¿Quién te crees, el simio peludo?

Slim deposita sus dos dólares en el mostrador. Pero en vez de agarrar los billetes, el tendero mira el mostrador, allí donde los pelos que han caído de las manos y las muñecas de Slim ahora se retuercen, se contorsionan y doblan: unos zarcillos largos de raíces blancas.

El tendero retrocede con una exclamación de disgusto.

—¡Vete al infierno, y llévate tu dinero contigo!

Desconcertado, a los tumbos, Slim sale a la calle. Siente un extraño hormigueo en todo el cuerpo. Brotan pelos de su bragueta. Tiene la nariz obstruida por pelos. Apenas puede respirar. La gente lo mira y se aparta. Los pelos crecen. Empieza a arrancarse mechones del rostro y del cuello, y los pelos se alejan, llevados por el viento helado de la primavera.

Nick Grenelli visita a su médico. El facultativo se alarma, pero trata de quitarle toda importancia al asunto.

—Viven, se lo digo. ¡Mire!

El médico se niega a mirar.

—Sólo se trata de una elasticidad diferencial. No es más que un desequilibrio glandular que un adecuado suplemento de hormonas corregirá con toda facilidad. Tendrá que ir al hospital para los análisis.

El médico está enterado de otros casos, pero no tiene ni idea acerca del tratamiento, ni si lo hay. Uno, sobre el cual había leído y todavía recuerda, había afectado a una mujer a quien una repentina erupción de pelos corporales cubrió por completo. Los pelos incluso le crecían de las palmas de las manos y las plantas de los pies.

Al médico residente le basta una mirada antes de enviar a Nick a una sala de aislamiento.

Slim, a voz en grito, sufre un colapso y cae sobre el bordillo y, mientras grita, una oleada de pelos le sale de la boca y se escapa. Dos polis se acercan, luego se paran.

—¿Qué mierda es esto? Le crecen pelos por todas partes.

—Mejor llamamos a una ambulancia, y nos mantenemos a distancia.

—¿Pelos, dice? —Un murmullo de voces en el teléfono—. Escuche. No lo toque, pero no lo pierda de vista. Llegaremos en tres minutos.

Gime una sirena y se presenta la ambulancia de la que salen hombres vestidos con monos, máscaras y antiparras. Agarran a Slim con sus manos enguantadas y lo empujan dentro de la ambulancia. Los polis los miran alejarse y sacuden la cabeza.



Tarsius tarsius

El dueño de la tienda de bebidas observa los pelos que se retuercen sobre su mostrador.

Algún tipo de gusano, parece.

De repente, uno de los pelos da un salto y se prende de su dedo pulgar.

—¡Hostia! —Arranca el pelo, pero una minúscula raíz queda incrustada, y siente un hormigueo que se extiende desde su dedo por el brazo.

El doctor Pierce se despierta de una pesadilla. Una enorme araña peluda encaramada sobre su rostro lo sofoca. Temblando, prende la luz y entra en el baño. Su rostro está cubierto de pelos danzarines; terminan en pequeños ganchos con lengüetas. Suena el teléfono. Sobrecogido de horror, con la voz amortiguada por los pelos que le bloquean la garganta…

—¿Doctor Pierce?

—Sí.

—Aquí el doctor Mayfield. ¿Mandó un paciente hoy? ¿Nicola Grenelli?

—Sí.

—Nos han llamado desde Atlanta. Parece que sufre una enfermedad nueva, y cualquier persona que haya tenido contacto con él corre peligro de infección. Sugiere que venga cuanto antes para hacerse unos análisis.[11]

Pero, sigamos adelante: la Fiebre de la Araña Roja. Esta fiebre se transmite por una pequeña araña roja de un diámetro de unos seis milímetros. Unos segundos después de la picadura, el sujeto siente un ardor intenso en la zona. La picazón se extiende sin titubeos por el cuerpo hasta que el sujeto siente toda la piel como una sola colmena que pica, arde y se hincha. Las glándulas de las axilas y de las ingles se hinchan hasta que al final, revientan, mientras el paciente, gritando en agonía, experimenta orgasmos repetidos e involuntarios y vacía el excremento humeante de la fiebre, de un color rojo claro, en el cual ya se incuban huevas de araña. La enfermedad se extiende entonces a los órganos internos y provoca hemorragias masivas y asfixia, a raíz de la hinchazón en la garganta y los pulmones. La muerte, por lo general, sobreviene en las veinticuatro horas siguientes a la infección.

La Fiebre de la Araña Roja se restringe a una pequeña área geográfica de unos quince kilómetros de largo por un kilómetro de ancho. Es obvio que existe algo en ese territorio que es esencial para el ciclo de vida de la raña. Esta zona, conocida por Tierras Rojas, también produce un metal cuya apariencia es semejante al oro, pero muy superior como conductor eléctrico y más duro que el acerco templado. Este

mineral es tan maleable como la arcilla cuando se lo mezcla con ciertos solventes.

Un contrato de seis meses para trabajar en las minas de las Tierras Rojas significa que un hombre pueda vivir bien el resto de sus días, de modo que siempre hay candidatos. Pero tienen que aguantar esos seis meses antes de que les paguen. Huelga decir que los mineros emplean varios tipos de repelentes y métodos de fumigación para evitar el peligro representado por la araña. El más fiable es un compuesto orgánico que se obtiene mezclando sales auríferas con el coágulo de un cactus rojo autóctono. Aunque este preparado, que puede inyectarse o darse por vía oral, es adictivo en extremo, reduce la fiebre a una irritación menor, así como el opio torna inmunes a sus adictos frente a la mayoría de las infecciones respiratorias.

Los Dorados, como se llama a la gente que usa esta medicación, se identifican con facilidad por los reflejos de brillo dorado que emanan y por sus ojos, hundidos y de un negro dorado, que se achican hasta parecerse a botones redondos. Las orejas crecen cerca del cráneo y finalmente se hunden en la carne de la cabeza. El síndrome de abstinencia es horrible, ya que los huesos han sido reemplazados por sales auríferas, y si se suspende el oro, los huesos se fracturan y se derrumban desde adentro; la muerte ocurre dentro de las veinticuatro horas, con la víctima en una inenarrable agonía. Enterados de estos efectos secundarios, muchos mineros prefieren confiar en rituales, inciensos, y repelentes químicos menos eficaces.

Se hicieron repetidos intentos de exterminar a las arañas, pero el suelo rocoso del desierto provee escondites donde ellas pueden esperar hasta que termine cualquier operación con pesticidas. Las arañas se han inmunizado contra muchos agentes químicos, de modo que es preciso almacenar pesticidas alternativos a la espera de un temido ataque masivo.

La gente de las Tierras Rojas vive en cubículos abiertos en la piedra arenisca, también rojiza y se juntan todas las noches en el bar la Mina de Oro. Algunos sorben el Oro, otros toman Cobre Rojo, una poción afrodisíaca que aflige al usuario con una urticaria roja como un caso benigno de la fiebre. Cobre Rojo otorga una inmunidad limitada a la fiebre, pero no es eficaz contra mordeduras múltiples. Nadie nunca fue mordido en el bar la Mina de Oro.

Las enfermedades extinguidas, mi querido: algunas de ellas pueden matar en minutos. Enfermedades voraces acechan en la tierra y en la paja, en la bruma y en las ciénagas y en la roca fosilizada. Algunas de las más mortíferas son plantas parasitarias, especializadas en crecer en la carne humana, como Raíces. Raíces crece hasta las vísceras y las glándulas y en espiral alrededor de los huesos; sarmientos brotan de las ingles y de las axilas de la víctima; brotes verdes crecen de la punta de su pene; zarcillos se deslizan por sus narices para liberar semillas mortales que luego se esparcen con el viento; espinas le arrancan los ojos; sus testículos se hinchan con

raíces y revientan; su cráneo se transforma en un tiesto de pasmosas orquídeas cerebrales que le cubren los ojos muertos y el rostro idiota mientras la piel, de a poco, se endurece como una corteza. En algunos casos, la metamorfosis es total. El sujeto prende en la tierra para conocer la exquisita agonía de la savia que se aviva, de las hojas devoradoras de luz y de las raíces nutridas por el agua, la bosta y el suelo.

Otros sujetos son invadidos por una planta carnívora que rompe a través de pústulas en todo el cuerpo para comer los enjambres de insectos atraídos por la goma dulce que exuda la planta… gordos escarabajos, saltamontes, orugas, abejas, avispas, avispones.[12]

Las Calles de la Oportunidad Perdida. El hombre sabe que dispone de una oportunidad en un millón para crear la conexión que animará el ser que lleva en su cuerpo. Si no lo hace, el pequeño ser morirá dentro de él. La presión se vuelve totalmente despiadada. Cualquier cosa para proteger al hijo. Puede mentir, fingir, matar sin un momento de vacilación. Porque es el portador, el guardián, de un hijo, único entre un millón.

Existieron, por supuesto, especies que se extinguieron antes del hombre, pero el Homo bobiens agregó otra vuelta de tuerca. Ha matado para comer, pero también ha matado por placer, seguro. Más aún, ha matado por la mera violencia de la cosa. La Cosa dentro de él. El Espíritu Repugnante que encontró un recipiente digno en Homo bobiens, el Animal Repugnante.

¿Qué más distingue al Homo bobiens de otros animales? A través de la escritura o de una tradición oral, puede hacer que la información quede disponible para otros humanos bobiens fuera de su área de contacto directo y aun para futuras generaciones. Esta distinción llevó al conde Korzybski a llamar al hombre «un animal que fija el tiempo», y eso se puede reducir a una palabra: *lenguaje*… la representación de un objeto o un proceso por símbolos, signos, sonidos, o sea, por *algo que no es*. Korzybski solía comenzar la clase golpeando sobre un escritorio, diciendo: «¡Cualquier cosa que esto sea, *no es* un escritorio ni una mesa!» O sea, el objeto no es el rótulo.

El hombre vendió su alma a cambio del tiempo, del lenguaje, de las herramientas, de las armas y de la dominación. Y para asegurarse de que no se saliese de madre, estos invasores mantienen una plaza fuerte en el hemisferio cerebral no dominante. ¿Si no, cómo explicar algo biológicamente tan desventajoso como una mano débil? Lo que dieron con una mano, lo quitaron con la otra. Cincuenta-cincuenta. ¿Qué podría ser más justo que esto? Casi cualquier cosa.

Parece entonces probable que los factores distintivos, lenguaje y mano débil, estén relacionados. Parece poco probable que el lenguaje estuviera diseñado

solamente para transmitir información.

Una hendedura forma parte del organismo humano, la hendedura o grieta entre los dos hemisferios, de modo que cualquier intento de síntesis ha de permanecer inalcanzable en términos humanos. Extraigo un paralelo entre esta hendedura que separa los dos costados del cuerpo humano y la hendedura que dividía Madagascar de África continental. Un lado de la hendedura se fue a la deriva hacia una inocencia encantada, atemporal. El otro se movió, inexorablemente, hacia el lenguaje, el tiempo, el uso de las herramientas, de las armas, la guerra, la explotación y la esclavitud.

Parecería que reunir ambas partes no es viable y uno está tentado de decir, junto a Brion Gysin, «Borrad el mundo».

Pero tal vez «borrar» no sea la palabra adecuada. La fórmula es más sencilla: se revierte el campo magnético de modo que, en vez de estar soldadas, las dos mitades se repelan como imanes opuestos. Esto podría ser un camino a la liberación final, por así decirlo, la solución final al problema del lenguaje, del cual brotan todos los «problemas» humanos.

¿Cómo sería un mundo sin palabras? Como dijo Korzybski: «No lo sé. Vamos a ver».

Nada es más costoso que cambiar los cuños, los moldes, y ése es el motivo por el cual las Juntas Directivas y los Sindicatos y sus acólitos: políticos, mafias, agentes contra la droga, policías, iglesias y medios de comunicación no quieren saber nada acerca de un producto humano mejor, como General Motors no quiere saber nada de un motor de turbina. Significaría desechar todos los cuños existentes desde ahora hasta la eternidad.

Y es por esto que la disidencia es una preocupación tan grande para la Junta: si fuese desviada de su expresión política habitual, la disidencia podría acabar con el molde santificado. La disidencia política muy a menudo se convierte en aquello a lo que se opone. Los Estados Unidos de Norteamérica se están transformando en la Rusia estalinista hasta que llegue a ser un Estado de control completo, con tolerancia cero para cualquier tipo de disidencia.

Hubo una vez un período de hibridación rampante, que dio lugar a la variedad de especies que vemos hoy. De hecho, podemos observar un número de seres de transición, como el jaguarundí, clasificado como felino pero que se parece más a una nutria arborícola. La mayoría de los híbridos, empero, no sobrevivieron, y aquellos que sí lo lograron, erigieron una rígida defensa biológica contra cualquier hibridación adicional.

¿Qué destruyó a la mayoría de los híbridos, especialmente a los modelos más estrafalarios? Todos fueron atacados y muertos por una sucesión de plagas virulentas.

Para que pueda ocurrir una hibridación, tiene que producirse una supresión de la reacción de inmunidad. Esto abrió las puertas de la enfermedad. La enfermedad aterró a los supervivientes hasta petrificarlos en moldes biológicos inmutables.

El Museo de las Especies Extinguidas no es exactamente un museo, ya que todas las especies aún viven en dioramas que reproducen su hábitat natural. La admisión es gratuita para cualquiera que pueda entrar. El precio aquí es la capacidad de aguantar el dolor y la pena de observar la extinción de manera que, al hacerlo, se reanime a la especie, observándola.

Considerad algunas de las especies extinguidas: seres que comen pasto o carne con igual afición, murciélagos humanoides con alas luminosas, reptiles de sangre caliente capaces de afectos como un mamífero (una bella víbora verde acaricia mi rostro), aves carroñeras de sangre fría y lagartijas tan afectuosas como cachorros, un híbrido de lémur y pulpo que vive en los lagos y los ríos de Madagascar y cambia de color según su humor y el matiz de su emoción.

O tomad el lémur albino humanoide, con enormes ojos como discos de nácar de un color plateado y grandes orejas que tiemblan y vibran con cada sonido. Los ojos no tienen pupilas; su visión es como si mirasen a través de una lente de ángulo muy extenso, sin foco. La criatura no carece de defensas; está equipada con uñas fuertes como púas y afilados caninos. Como el resto de los albinos, éstos también son seres extremadamente delicados. Pesan alrededor de veintitrés kilos cuando adultos; son arborícolas y semiacuáticos. Por su naturaleza albina no toleran la luz. Durante el día se esconden en cuevas o en refugios subterráneos a la orilla de un río.

Un hombre vegetal que crece aquí y allá, ribeteado de orquídeas mortíferas y sarmientos punzantes; un hombre anguila eléctrica, un metro ochenta de suavidad color pardo purpúreo, con ojos de un verde pardusco tan fríos como el barro: ambos son hermafroditas, se fertilizan a sí mismos y paren… Una conciencia vegetal que se mueve a través del bosque, a tientas entre los árboles, las parras y las orquídeas, parecida a una medusa verde que flota en aceite verde… Una criatura perro, con cola de sarmientos y dientes de espinas… Aves inteligentes, de una consistencia liviana y porosa, como las esponjas… Tienen cerebros grandes, ojos enormes, cuerpos muy pequeños y largas garras retráctiles. Comen fruta y pescado, que pueden detectar a larga distancia gracias a su visión aguda. Su sistema digestivo no puede procesar pelo, de modo que no se alimentan de mamíferos ni de otras aves.

El Pueblo de las Raíces, por dar otro ejemplo, ha evitado la desventaja básica del género vegetal: toman su alimento de plantas y árboles, van de uno a otro y se cuidan de no quedarse más de lo conveniente. Pueden horadar la tierra como topos y sacan una mano o asoman brevemente la cabeza para juzgar el clima y otros factores. Atrapados en una zona desértica, extienden largas raíces centrales y luego

permanecen en la superficie sólo el tiempo necesario para almacenar energía solar, y luego salen del lugar horadando túneles.

El Pueblo Verde ha encontrado un modo de nutrirse mediante la fotosíntesis y convergen en tranquilos y verdes remansos y remolinos. Algunos se vuelven acuáticos, desarrollan branquias y viven de algas. Otros se nutren de olores, que respiran a través de poros que se abren hasta el tamaño de una cabeza de fósforo. Otros comen luz y colores, de modo que sus cuerpos finalmente se disuelven en luz.

No es posible saber cuántos mueren a causa de las plagas. De hecho, el hambre, el abandono, la violencia y sus viejos adherentes: neumonía, tétano, disentería, cólera, difteria, tifus, escarlatina, hepatitis, tuberculosis, enfermedades venéreas descuidadas e infecciones generalizadas se cobran más víctimas que todas las Plagas de la Locura, como se ha dado en llamarlas.

Surgen los señores de la guerra. Profetas que sobrevivieron a la Enfermedad de Cristo ganan acólitos y declaran la Guerra Santa a otros profetas y al populacho no creyente en general —«Vosotros, capullos de poca fe»—, y matan a quien se cruce en sus caminos. El canibalismo es desenfrenado.

Se proponen Cruzadas contra los Infieles, que no logran implementarse pues Occidente está dividido en miles de facciones, cada una en mortal oposición a las demás. Pese a la paranoia pandémica, no se han usado armas nucleares desde 1945: quienes habrían podido implementarlas ya han muerto de una sobredosis de pensamiento. Aun el viento fétido puede soplar del buen lado.

Los investigadores científicos vivían en recintos fortificados, bien guardados por los restos del ejército y la policía. Sin embargo, se sentían sujetos a alicientes muy drásticos de la productividad.

—Bueno, chicos, tenemos sólo quince días para dar con una vacuna o un remedio para los Pelos, si no…

Cuando se acaba el tiempo, un gas letal se liberaba en el laboratorio. Todos los laboratorios estaban separados y herméticamente sellados. Así eran las cosas. Una saludable lección a los sobrevivientes.

Fuera de los recintos reinaba el caos total a medida que las plagas incontroladas hacían estragos y cualquier pretensión de mantener ley y orden se había abandonado hacía tiempo. El país estaba sembrado de fortalezas que eran las defensas de las ciudades hambrientas contra las pandillas rapaces.

¿Y qué pasó con la Junta Directiva? Se retiraron a sus yates, a sus islas y a sus bunkers. Su poder, que dependía de la manipulación por el dinero y los contactos políticos, se acabó.

Los Cuatro Jinetes cabalgan a través de las ciudades en ruinas y las granjas abandonadas, cubiertas de malezas. El virus se está agotando a sí mismo: sus víctimas

mueren por millones.

La gente que puebla el mundo vuelve finalmente a su fuente espiritual, al pequeño pueblo de lémures de los árboles y de las hojas, los arroyos, las rocas y el cielo. Pronto se habrá desvanecido toda señal, toda memoria de las guerras y de la Plaga de la Locura, como si fueran los vestigios de un sueño.



Lemur macaco

Postfacio

El nombre de pila del libertario, el pirata capitán Mission, o Misson, se ha perdido en el curso de la historia. Todo lo que sabemos de Mission proviene del libro *Una Historia General de los Piratas Más Notorios*, publicado en Londres en 1724 y escrito por un tal capitán Charles Johnson (aunque existe una opinión compartida que atribuye este trabajo a Defoe). Se cree que las memorias de Mission, de su puño y letra y en francés, fueron salvadas por un miembro de la tripulación que sobrevivió a su último viaje y, después de pasar por varios dueños, fueron traducidas por Johnson e incluidas en su libro.

Mission nació en el seno de una acaudalada familia de Provenza y estudió humanidades, lógica y matemática en la universidad de Angers a fines del siglo XVII. Su primer puesto fue en un buque de guerra francés, el *Victoire*, armado de treinta cañones y comandado por un primo lejano. El buque se dirigió primero a Nápoles, y Mission viajó a Roma, donde encontró un joven sacerdote, Caraccioli. Durante la confesión, Mission se sorprendió al notar que el sacerdote compartía su propia repugnancia por la hipocresía del poder terrenal, tanto temporal como espiritual. Caraccioli renunció a los hábitos y se enlistó en el *Victoire*.

La fragata trabó batalla con dos naves argelinas a las que derrotó; Caraccioli fue herido en un muslo. Otras batallas también fueron exitosas. El *Victoire* cruzó el Atlántico y a la altura de Martinica, en el Caribe, fue atacado por el inglés *Winchelsea*, comandado por el capitán Opium Jones. La primera salva mató al comandante del *Victoire*, al segundo oficial y a tres tenientes; Mission, secundado por Caraccioli, asumió el mando y rechazaron a los ingleses. Toda la tripulación votó por Mission como comandante, y a guisa de bandera pirata izaron una enseña blanca con la palabra LIBERTÉ.

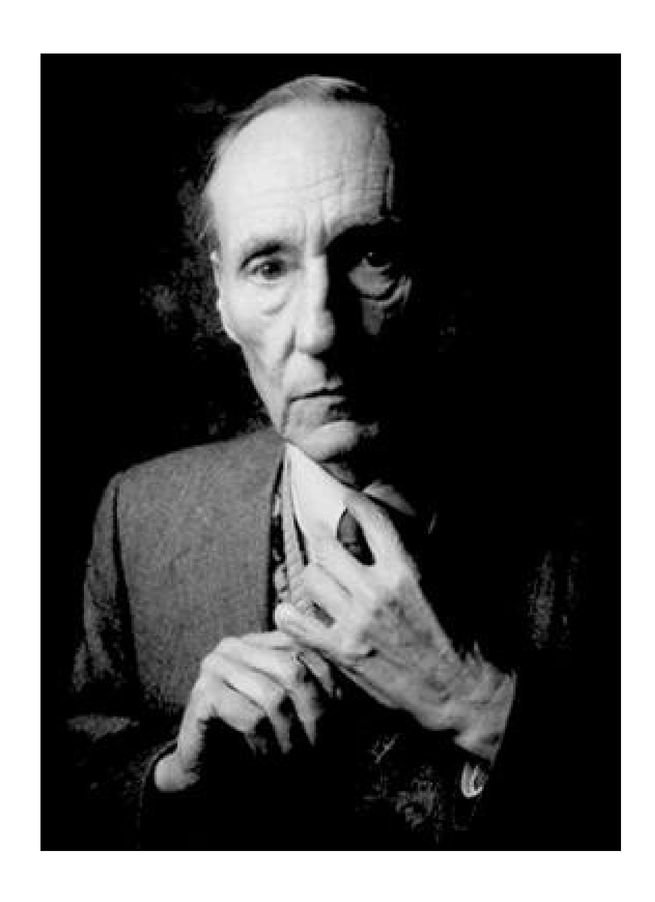
Después de muchas otras aventuras a lo largo de la costa de África Occidental, y ahora acompañados por una nave inglesa a la que habían capturado y su tripulación, Mission ayudó a la reina de Johanna en su guerra con la vecina Mohilla; ambas islas se encuentran entre Mozambique y la gran isla roja, Madagascar. Él y sus hombres, después de tomar una nave portuguesa, decidieron afincarse en Madagascar. Aquí, hacia 1700, en un puerto remoto en la punta norte de la isla, Mission construyó dos grandes fortalezas octogonales, y con su tropa de varios centenares de piratas franceses e ingleses, de marineros renegados y esclavos liberados, estableció la colonia libre de Libertatia.

Junto al teniente Caraccioli y el capitán pirata inglés convertido, Thomas Tew, Mission creó un cuerpo de Estatutos mediante los cuales la colonia podía encarar su existencia dentro de una democracia pacífica. Estos Estatutos estaban basados en ideas ostensiblemente parecidas a aquellas que impulsaron las revoluciones francesa

y norteamericana de fines del siglo XVIII, y las precedía en más de sesenta años. No habría pena capital, ni esclavitud, ni prisión por deudas, ni ninguna interferencia en lo religioso o lo sexual. Caraccioli dividía los hombres en grupos de diez, llamados estados, y se estableció el puesto de Señor Conservador, así como una reunión plenaria anual. La primera reunión duró diez días. Tew fue nombrado almirante, Caraccioli, secretario de estado, y Mission fue Su Suprema Excelencia, el Señor Conservador.

En navegación a lo largo de la parte septentrional de Madagascar, el capitán Tew y algunos marineros ingleses reclutados por él bebieron ponches de ron hasta altas horas durante la última noche del viaje, y la marea llevó al noble *Victoire* mar adentro, donde fue destrozado contra los escollos. La tripulación se perdió, y Tew armó un campamento improvisado a la espera de un salvataje.

Mientras el capitán Tew esperaba en su cala solitaria y distante, dos grandes grupos de nativos malgaches hicieron una redada nocturna en Libertatia y aniquilaron la colonia. Caraccioli murió durante el ataque y Mission escapó con sólo cuarenta y cinco hombres y dos balandros. Después de algún tiempo, encontró la cala remota del capitán Tew y ambos decidieron refugiarse en América, donde eran desconocidos. Durante una fuerte tormenta a lo largo del cabo Infanta, su balandro se perdió entre las olas.[13]



WILLIAM S. BURROUGHS, (1914, Saint Louis, Missouri — 1997, Lawrence, Kansas) nació en el seno de una familia acomodada y cursó estudios en la Universidad de Harvard, donde se graduó en 1936. Prosiguió allí sus estudios de arqueología y etnología hasta que se cansó de la vida académica. Viajero incansable, residió en México, Londres, París, Tánger y Nueva York, hasta que en 1981 se instaló definitivamente en Lawrence, Kansas.

Toda su obra está marcada por la predilección por lo grotesco y la descripción de la marginalidad, un mundo que conocía tan bien gracias a sus experiencias con las drogas durante quince años. Admirado por los escritores de la generación *Beat* por su confesa homosexualidad y la franqueza con que describía su relación con las drogas, Burroughs es, junto con el poeta Allen Ginsberg, el último sobreviviente de esta moderna leyenda literaria norteamericana.

Entre su prolífica obra cabe destacar *Yonki* (1953), *El almuerzo desnudo* (1959), *Expreso Nova* (1964), *Las últimas palabras de Dutch Schultz* (1975) y *Las tierras de Occidente* (1987).

Notas

[1]Considerad la lógica inexorable de la Gran Mentira. Si un hombre ama locamente a los gatos y se dedica a su protección, sólo hace falta acusarlo de matar y maltratar gatos. Vuestra mentira tendrá el inconfundible sonido de la verdad, mientras que sus desmentidas desaforadas olerán a falsedad y evasivas.

Aquellos que han oído voces del hemisferio no dominante del cerebro, comentan acerca de la autoridad absoluta de esa voz. Saben que están oyendo la Verdad. El hecho de que no se aporte ninguna evidencia y que la voz pueda pronunciar un absoluto sinsentido, es irrelevante. Ésta es la naturaleza de la Verdad. La verdad no tiene nada que ver con los hechos. Aquellos que manipulan la Verdad en su propio provecho, la gente de la Gran Mentira, se cuidan muy bien de esquivar los hechos. De hecho, nada ofende más a este tipo de gente que el concepto de hecho. Aportar hechos en nuestra defensa equivale a autoexcluirse del juicio.

En un universo preregistrado y, por ende, totalmente previsible, el pecado más grave consiste en manipular los registros, lo cual podría resultar en una alteración del futuro preregistrado. El capitán Mission había cometido este pecado. Amenazaba con demostrar, para iluminación de todos, que trescientas almas pueden coexistir en relativa armonía, entre sí, con sus vecinos y con la ecosfera de la flora y la fauna.<<

[2]Si quieres esconder algo, sólo es preciso crear una falta de interés en el lugar donde eso está escondido.<<

[3]Borra el concepto de una pregunta de su mente. El glifo egipcio es un junco o pluma y agua. ¿Quién? El agua la pluma el libro. Bórralo con el graznido del ganso de dónde y con el pan de cuándo, esfúmate hasta transformarte en una gran ave extinta, incapaz de volar, en un estanque pantanoso.<<

[4]Al ver el planeta como un organismo, resulta obvio quiénes son sus enemigos. Su nombre es legión. Dominan y pueblan el planeta. «Los decepcionados y los decepcionantes que, a su vez, son decepcionados». ¿Pensó el Homo bobiens que los demás animales sólo estaban allí para que los comiese? Aparentemente, sí. Las rasadoras están destruyendo las selvas, los lémures agazapados y los zorros voladores, los gibon de Kloss que producen la música más bella y más variada de todos los animales terrestres y los lémures colugo que saben planear y están indefensos en la tierra. Todo esto se va, para dejar espacio a una raza humana cada vez más devaluada, cada vez con menos chispa salvaje, ese ingrediente inapreciable: la energía que se torna materia. Un inmenso alud de barro, de lodo desalmado.<<

[5]Recordad que la cueva también contiene todas las enfermedades extinguidas: las Siete Plagas de Egipto, los Pelos, las Vergas, los Sudores, todas contenidas en el molde del hombre. Una vez roto ese molde, todas las plagas del Tiempo se liberan.<<

[6]Se paga por los milagros. Se paga con vida, belleza, juventud, inocencia, alegría y esperanza… Se paga con momentos efímeros. Momentos mágicos… Hombrecitos grises juegan en su fortín en la madrugada, un pequeño reno verde flota en un claro de verdura, la luz de un pintor toca un geranio rojo en una maceta de París, coge un gato blanco sobre un muro rojo en Marrakech… De estas invenciones preciosas, ¿cuánto habrá tomado Cristo en préstamo sobre el futuro de la humanidad para curar a un piojoso y leproso idiota, a un pordiosero hediondo, baboso y bizco, con labio leporino? ¿Es que Cristo alguna vez escogió a un ser que mereciera ser curado porque tenía un don especial, un talento de uno en un millón? Hum, a Cristo le importaba la cantidad, no la calidad. Desde su posición, no importa a quien curas. Se trata de establecer un monopolio para que *jamás puedan ocurrir más milagros*.

De modo que Cristo se empeñó en destruir la materia prima de los milagros… almas, espíritu, *djoun, prana*, la fuerza que anima a cualquier ser espontáneo, imprevisible, vivo. Y, ¿qué es el Pánico? La comprensión de que todo está vivo.

El gran dios Pan ha muerto.<<

[7]Las enseñanzas de Cristo suenan a suicidio biológico. ¿Debe el venado buscar al leopardo y ofrecerle la garganta a sus colmillos? ¿Deben los peces empalarse en los anzuelos y saltar a las redes? Ninguna especie animal podría sobrevivir en la busca y el amor de sus enemigos. Esto es locura bajo la forma de consejo práctico, en el dominio del cuerpo. En el dominio psíquico, si puedes acercarte tanto a un enemigo, también puedes convertirlo en amigo, o matarlo gracias a una proximidad incongruente. Un mago viejo y sabio me dijo una vez: «No tengo enemigos, a todos los convierto en amigos». Era el profesante más mortífero que jamás haya encontrado.

Las enseñanzas de Cristo tienen sentido en el dominio del virus. ¿Qué hace tu virus con los enemigos? Transforma a los enemigos en sí mismo. Si no lo logró con la primera mejilla, entonces ofrece la segunda. Hay pocas cosas más difíciles que amar a los enemigos. De modo que quienquiera lo haga obtendrá fuertes poderes. Amar a un enemigo es una práctica inhumana, que coloca al profesante muy por encima —o por debajo— de lo humano.<<

[8]Como dijo William von Raab del Servicio de Aduanas de los EE.UU.: «Esto es una guerra, y quien sugiera una actitud siquiera tolerante hacia el uso de drogas, debería ser considerado un traidor».<<

[9]Como lo sabe cualquier médico astuto, la evolución de una enfermedad de acuerdo con sus síntomas clásicos es más una excepción que una regla. Se puede presentar cualquier combinación de los síntomas esperados, o su correspondiente ausencia. A veces, como en el caso de la enfermedad de Cristo, el primer síntoma es la muerte… En otros casos la etiología de la enfermedad es insidiosa y puede demorar semanas, o incluso meses, en manifestarse. En los casos en que la vocación del paciente le otorga un cierto margen, la enfermedad puede no detectarse hasta que haya ocurrido algún escandaloso lapsus profesional.<<

[10]El Profesor Unruh von Unerhört adelantó una hipótesis según la cual todas las plagas estaban relacionadas entre sí y eran el resultado de «ein pásico y hoguible desperfekto en el origen de la humanitat. Agora viene la kosecha amarga. Lo ke se necesita, es un suego anti-*Mensch*». El suero anti hombre del buen profesor se demostró mortal en un alto porcentaje de casos, y completamente inútil en los sobrevivientes, así que pronto fue abandonado.<<

[11]Considerad la historia de las enfermedades: es tan larga como la vida. Tan pronto algo despierta a la vida, hay algo que espera para enfermarlo. Poneos en el lugar del virus ¿no haríais lo mismo? ¿Cómo, cuándo y dónde comenzó la malaria? Dicen que el sida es una variante sencilla del virus Visna, que se da de natural en las ovejas y siempre resulta fatal. (Vaya, ¿no habrán hecho los pastores alguna travesura, otra vez?) Y algunos dicen que la sífilis empezó cuando el tonto de un pueblo se folló una llama.

Y los temibles SEP. Algún órgano del cuerpo se independiza y crece solo: cerebros enormes guardados en barriles de petróleo con capacidad para doscientos litros; un riñón monstruoso que puede ser usado para diálisis.

Un mal es un bien que daña a todos.

El SEP más temido es Vergas. Ningún tumor, por cierto, sólo una verga grande que continúa agrandándose. El olor, húmedo, podrido y sofocante, es el de algo confinado durante siglos debajo de una campana de vidrio. La verga ya mide un metro de largo, y mientras la víctima la mira, se mueve y crece, y rezuma lubricante por las cuatro hendeduras de su cabeza. La cosa late en espantosa exigencia:

—¡*Frótame*! ¡*Frótame*! ¡*Frótame*!

Para colmo, la víctima no puede evitar que su mano frote el lubricante sobre la punta de su verga. La cosa eyacula, inmediatamente, esparciendo semen hasta el cielorraso y retorciendo el destrozado cuerpo de la víctima en violentos espasmos. La víctima siente cómo se le disuelven los tejidos y los huesos, absorbidos por unos testículos grandes como pelotas de béisbol. En la fase terminal, la víctima se reduce a una crisálida sujeta a un enorme pene; sólo queda su cabeza, ribeteada por un collar de pelos del pubis.

Luego tenemos el sida que se transmite a través del aire y el no menos fatal Rechazos, una peste en la que el sistema inmunológico toma control del cuerpo, rechazando en primer lugar las bacterias intestinales, luego la comida misma, y finalmente las vísceras, y así desechando un órgano tras otro. A las víctimas se las identifica por sus rostros, congelados en una mueca de rechazo, y por una rigidez grosera del gesto, como si fuesen de vidrio. Estas víctimas se aíslan en contenedores improvisados —cajas, carpas, telas de plástico, múltiples máscaras y guantes— todo lo cual rocían constantemente con desinfectante hasta que sucumben de anorexia, deshidratación y obstrucción interna.

También están las enfermedades de los animales: ántrax, aftosa, moquillo maligno, y otras virulencias. El ganado del mundo fue prácticamente aniquilado, a partir de Madagascar. Las ovejas no tuvieron mejor suerte, diezmadas por una variante del virus Visna. Cerdos y cabras parecían más resistentes y, por alguna razón, las

especies silvestres eran comparativamente inmunes. Murieron, sin embargo, millones de perros y gatos, lo que es irrelevante pues ya no quedaban dueños que los nutriesen y cuidasen.

Sin duda, se habrían encontrado remedios y vacunas, si no hubiese sido por el aplastante número de casos y la consiguiente falta de tiempo para los cuidados mínimos, por no hablar de la investigación y —más crucial aún— de la falta de personal calificado para implementarlas. Científicos, técnicos, programadores de ordenadores, matemáticos y teóricos fueron prácticamente aniquilados por una peste selectiva conocida como la Enfermedad de Pensar (o las Cabezas de Huevo).<<

[12]En Madagascar hubo una vez una planta caníbal, de dos metros de alto y uno de diámetro, cuyo estómago bulboso era de un verde púrpura. Tentáculos con espinas pegajosas se extendían hacia fuera para capturar y aferrar a su presa, mientras un jugo venenoso inmovilizaba a la desafortunada víctima.

Según un viajero antiguo, los nativos temían y veneraban a esta planta, que tenía la capacidad de proyectar su hambre de un modo tal que no la podían resistir. Por eso desarrollaron la práctica de sacrificar los cautivos a este organismo. Cuando llevaban un cautivo a la planta, los tentáculos se retorcían y se enroscaban, emitiendo olores tan asquerosos, según contaba el observador, que no logró comer durante los diez días siguientes. <<

[13]Hoy los lémures de Madagascar están amenazados de extinción. Cuando los hombres llegaron a la isla por primera vez, hace quince siglos, existían unas cuarenta especies; ahora sólo quedan veintidós, todas considerablemente amenazadas. En algunas partes de la isla, los indígenas cazan a los lémures lerdos por su carne, aunque en otras partes están protegidos por un tabú. La población humana crece rápidamente y podría llegar a doce millones en el año 2000; mientras tanto, la actual deforestación y la agricultura de despojo han destruido el noventa por ciento de la selva original, el hábitat natural del lémur. Se prevé que los lémures de Madagascar podrían extinguirse en sólo cien años, un legado de ciento sesenta millones de años destruido en lo que dura una vida humana.

En un bosque de cuatro hectáreas cerca de Durham, en Carolina del Norte, el Centro de Primates de la Universidad de Duke mantiene una colonia de más de seiscientos prosimios, ante todo lémures, algunos de ellos en recintos naturales semisalvajes. Esta colonia fue creada en Yale en 1958 y trasladada a Duke en 1968. Cuando un lémur con collarín parió ese año, fue la primera vez en cuarenta años, en el mundo, que un lémur cautivo pariese. Desde entonces, más de trescientos lémures han nacido en el Centro de Primates. El director, Elwyn L. Simons, ha establecido buenas relaciones con el gobierno de Madagascar y logró hacer traer a nueve sifakas capturados al recinto de Duke en 1987.

El Centro de Primates de la Universidad Duke precisa apoyo financiero por parte de personas que se interesan en el proyecto. Escribir a DUPC, Duke University, Durham, North Carolina 27706, USA.<<